

DEFENSA EUROPEA DEL SIGLO XXI

Con la caída del muro de Berlín y sus consecuencias, Europa salió del siglo XX hace algo más de un decenio con un sabor más agrio que dulce sobre lo que había sido su expediente durante los 75 años que duró ese corto siglo pasado.

75 años que conocieron las sombras de dos guerras mundiales devastadoras ¿o habría que hablar de una nueva y sola guerra de 30 años? contiendas que dejaron al contendiente empobrecido y que se vieron seguidas por un período todavía más largo de una guerra acaso más cruel que la anterior que ha sido calificada de fría, que rompió el continente en dos segmentos, elevó un telón de acero entre ambos e intentó un proceso de reconstrucción sobre la base de dos sistemas enfrentados -capitalismo y comunismo- el primero de los cuales funcionó, como era de esperar, con eficacia, y el segundo fracasó, también como era de esperar, con estrépito.

La Europa del Este quedó abandonada a su suerte, rehén de la potencia soviética que con tal colchón de seguridad podía considerarse suficientemente al amparo de las ideas perniciosas que llegaran de Occidente.

Para Europa en su conjunto fueron esos años de la Guerra Fría los más tristes del siglo. Porque mientras la Europa Occidental se enriquecía alegremente gracias, sin duda, a su propio esfuerzo y al apoyo norteamericano y también gracias a que endosó al amigo transatlántico la tarea de velar por su seguridad, reservando porcentajes muy bajos de su Producto Nacional Bruto al sector defensivo, Eu-

ropa Oriental se desangraba en un régimen de ruina que dedicaba los escasos remanentes económicos disponibles a montar un sistema defensivo llamado a fracasar y desaparecer.

El siglo XX dejó en Europa un sentimiento de enfrentamiento -caliente o frío-, de desolación, de empobrecimiento, de insolidaridad. Afortunadamente, hubo también luces en ese siglo oscuro: las luces del esfuerzo integrador europeo, las de la construcción de una Europa unida y pujante que pudiera competir con los poderosos mercados norteamericano y japonés. Hasta el año 1989, ese esfuerzo integrador logró componer un pilar económico robusto que convirtió a Europa en el primer bloque comercial del mundo. Pero dejó olvidada en el camino la tarea de consolidación de los aspectos político, militar, judicial y policial, necesarios para lograr una verdadera unidad del bloque.

Quedó también como positivo del siglo XX el esfuerzo de superar la división continental trazando vínculos con la Europa del Este, puentes que rompieron la apatía de los dos bloques y propiciaron el re-encuentro continental. El proceso de la OSCE consiguió a través de la creación de un clima de Distensión, sentar las bases necesarias para que la ruptura entre el Este y el Oeste comenzara a superarse.

El proceso de Helsinki, la Ostpolitik alemana, el impulso personal de figuras como Reagan, Gorbachov, Kohl, Schmidt, Walesa, Juan Pablo II, entre otras, cierran con alguna esperanza un siglo en el que Europa ha perdido supremacía política y militar en el mundo, en favor de unos Estados Unidos que en



Jorge Fuentes

*Embajador,
Representante Permanente
ante la UEO*



Gema Álvarez García

dos ocasiones tuvieron que venir en nuestro apoyo de forma decisiva, y que luego -vista la escasa iniciativa europea para construir su propia defensa- conformó una Alianza que pudiera al mismo tiempo asegurar los intereses americanos en una zona geográfica para ellos vital y dar a Europa una sombrilla de seguridad, que durante toda la segunda mitad del siglo XX tendría como principal objetivo llevar adelante una política de contención respecto al Pacto de Varsovia.

El siglo acaba de esta forma en 1989 con un panorama continental que incluye la recuperación económica europea hasta constituirse en el primer bloque económico del mundo, la sumisión político-defensiva respecto a EE.UU. y el des-

membramiento del telón de acero, abriendo paso a la esperanza para toda la región oriental del continente, que va a iniciar un proceso de acercamiento a las instituciones occidentales.

Acaba también con una gran y sospechosa proliferación institucional en Europa que, siendo el continente más rico, culto y sofisticado del globo, pero también el de superficie más reducida, necesita de un gran número de organizaciones para lograr una estabilidad que ni siquiera puede llamarse aun paz y se califica como Distensión.

La caída del muro de Berlín, y subsiguientemente la disolución del bloque oriental; la de-

sintegración de la URSS y la caída del comunismo, son acontecimientos de una tal envergadura histórica que llevan consigo el advenimiento del siglo XXI, aunque aquéllos llegasen algunos años antes de su principio cronológico. Europa accede así a un nuevo capítulo de su Historia con renovadas esperanzas, respecto a su inmediato pasado que, como hemos visto, ofrece un balance ciertamente poco brillante.

El primer buen síntoma es que, precisamente como consecuencia de la caída del bloque oriental, se contrae el número de siglas del tablero europeo. El Pacto de Varsovia, el COMECON, el Kominform, la URSS, dejan de existir. Perviven por el contrario las que animaron a los países occidentales, aún cuando lo hagan también con ciertos solapamientos y por tanto con adicionales posibilidades de reducción.

La OSCE y el Consejo de Europa- en el que se han integrado la mayor parte de los antiguos países del Este- inciden sobre semejantes realidades.

Las instituciones neutrales han perdido su razón de ser con la desaparición de uno de los bloques y sus miembros se precipitan a integrarse en la Unión Europea. No así en la UEO y en la OTAN, pues los neutrales siguen llenos de dudas respecto a si deben o no asumir responsabilidades defensivas en una Europa que dista aún de haberse apaciguado.

En Occidente hay dos organizaciones que sin duda triunfan y despiertan las apetencias de todo el continente. Una de ellas -la UE- es plenamente europea; la otra -la OTAN- lo es sólo a medias. Esta ha tenido que reciclarse después de la caída del bloque comunista, que constituía en parte su razón de ser. Las nuevas amenazas puestas en evidencia tras la desaparición del reto soviético, y la desconfianza residual norteamericana de las posibilidades europeas para autodefenderse, justifican y seguirán explicando la pervivencia de la Alianza, bajo cuya ala protectora se acercan con ilimitadas esperanzas los antiguos aliados de Moscú.

La Unión Europea, a su vez, sigue superando obstáculos y tabúes nacionales, el más importante de los cuales es la construcción del Euro, que puede tener consecuencias revolucionarias sobre la proyección mundial del continente si logra imponerse como complemento del dólar como divisa internacional.

La UE se da cuenta, después de su total inoperatividad en los conflictos de Bosnia, Albania y Kosovo, de la necesidad de constituir, junto al pilar económico, otro político, que le permita hablar con una sola voz exterior, y el militar, que absorbiendo la estructura de la

Unión Europea Occidental, permita su operatividad para hacer frente a las crisis que puedan surgir en el continente y en sus alrededores, ya sea apoyándose en la OTAN, o con las propias capacidades europeas si los Estados Unidos decidieran no participar en la operación.

Comienza así en 1999 un proceso de integración de la UEO en la UE que previsiblemente se completará en los primeros años del nuevo milenio, completando las tres fases siguientes:

- Realización de un inventario de los medios y capacidades militares con que cuenta Europa, e igualmente de sus lagunas e insuficiencias. Esta tarea se habrá completado durante el año 1999.

- Transferencia a la UE -durante el 2000- de los órganos con que cuenta la UEO, que son principalmente el Consejo Permanente de Representantes Permanentes nacionales, el Secretariado con un secretario general al frente, el Comité Militar Permanente, integrado por delegados militares nacionales, el Estado Mayor Militar, la Asamblea Parlamentaria, el Centro de Satélites y el Instituto de Estudios de Seguridad. Algunos de ellos no presentarán particulares dificultades de transferencia -los dos nombrados en último lugar- pero otros resultarán más complicados para encontrar acomodo en la Unión Europea.

- A partir del año 2001 vendrá el proceso de aceptación por los parlamentos nacionales, de la fusión de la UEO con la UE, y a continuación comenzará una etapa más o menos larga que cierre la operación en dos sentidos: por un lado, decidiendo el endoso por todos los miembros de la UE -cuatro de los cuales son países neutrales no miembros de la OTAN (Suecia, Finlandia, Austria e Irlanda)- del Tratado de Bruselas fundador de la UE y de su artí-





Virginia Barco

culo V sobre la Defensa colectiva, por otro lado, ya desde dentro de la UE, reforzar la defensa europea, salvando las deficiencias que se hayan detectado en el inventario efectuado en 1999, en especial en transportes estratégicos, C3I, e industria de armamentos.

Este proceso integrador coincide y se enriquece con la creación, en la cumbre de Colonia de 1999, de la figura del Alto Representante de la UE para la Política Exterior y la Seguridad Común (Mr. Pesc), cargo que recae en el aún entonces secretario general de la

OTAN, Javier Solana, que asume igualmente el papel de secretario general de la UEO desde finales de noviembre de 1999. Desde estos importantes puestos, el señor Solana debe reforzar la coordinación de las posiciones nacionales de los 15 países miembros tanto en Política Exterior como en Defensa, logrando que Europa pueda en el futuro próximo enfrentar desde pequeñas operaciones de rescate, hasta la solución de crisis del corto de la de Kosovo.

En este siglo XXI Europa dispondrá del Euro como moneda común que le permita jugar un mayor papel -semejante al del dólar- en las transacciones comerciales internacionales. Hoy las monedas europeas conjuntas significan el 8% de dichas transacciones y el dólar el 80%. Si el Euro funciona como se espera, debería llegar a concentrar el 40% y dejar al dólar en un 45 ó 50%.

Estados Unidos debe ver todo este proceso político, militar y económico, no como la pretensión europea de ganarle terreno como líder único en el escenario mundial. Ese no es el objetivo europeo, que no desea hacer un ejército equiparable al norteamericano. Lo que Europa quiere es desempeñar una responsabilidad equivalente a su significación económica en el mantenimiento del orden político

mundial, haciendo un esfuerzo mayor en el reparto de la carga financiera que representa esa importante tarea.

Si logramos en los primeros decenios de este siglo XXI esos objetivos: ordenar nuestro panorama institucional, crear una verdadera política exterior y de defensa europeas, equilibrar nuestras relaciones con los EE.UU., asumir en definitiva nuestras propias responsabilidades, habremos resituado al viejo continente en el lugar que le corresponde en el escenario mundial ■